



**NO FUE FÁCIL
SOBREVIVIR
A LOS
DEMONIOS**

Nombre del autor:
Guillermo León Molina
Mesa

A:

**Natasha y Lina María, las niñas de mis ojos,
A “Vitoria” mi amada e incondicional esposa y compañera
de lucha,
A Gonzalo y Nelly, que me dieron la vida.**

En este país del Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen de Chiquinquirá donde paradójicamente se celebra el Carnaval del diablo, todo puede acontecer y aunque no todo está permitido, ocurren las cosas más asombrosas, sorprendentes, inadmisibles e inverosímiles que uno a veces no logra comprender ni entender, razón por la cual podemos presenciar desde el más mínimo detalle que nos ofrece la naturaleza al poder observar el volar plácido y sereno de una mariposa en un soleado día de verano, hasta la escena más abrupta, salvaje, escabrosa y trágica, siendo testigo presencial de la toma de una Embajada por terroristas nacionales que luego se convierten en Senadores o candidatos a la Presidencia y lo que es más triste y desconsolador aún, el poder escuchar y ver en directo por radio y televisión la masacre ocurrida en el Palacio de Justicia, con el holocausto de todos sus ocupantes o la toma de una carretera nacional por un grupo guerrillero con el consiguiente secuestro masivo de varios pasajeros por la modalidad de pesca milagrosa, o el asesinato de un candidato presidencial en una plaza pública antes de su alocución política rodeado de sus guardaespaldas o el de un obispo en su parroquia después de celebrar la santa misa o el de un simple niño que jugando en la calle cae muerto como consecuencia de una bala perdida disparada por las manos de un regular del estado o de un sicario empedernido. Todo puede acontecer, desde lo real y natural, hasta lo imaginario o virtual y para colmo de nuestra generación y de las futuras, esto viene sucediendo desde hace más de cincuenta años y no ha habido poder humano ni divino que detenga ese cáncer de maldad que nos hace ser diferentes ante nuestros semejantes del resto del mundo.

Somos una generación engendrada, nacida, criada, educada, propagada y levantada en medio de una violencia atroz, una violencia que hace parte de nuestro trabajo, que se despierta y se acuesta con nosotros. Una violencia que se amaña con nuestro quehacer diario; una violencia que aunque nos asusta no nos incomoda para seguir viviendo; una violencia despiadada que nos pone en boca de todos los noticieros mundiales clasificando a nuestro país como uno de los más violentos del mundo con alto riesgo para propios y extraños.

Nos hemos vuelto insensibles, inhumanos, inconscientes, flemáticos, impertérritos, estoicos, indiferentes y extraños ante el dolor de nuestro prójimo, aunque participamos en todas las campañas de solidaridad que se convoquen, pero no hacemos parte esencial de lo qué pasa después para garantizar el resarcimiento a la normalidad en la zona del desastre. Creemos que nada nos intimida, apabulla o amilana cuando el dolor de la tragedia no toca a nuestra puerta afectando a alguien muy cercano a nuestros sentimientos y lo más triste es que muchas veces sentimos ese dolor como propio, pero, nueve días después de pasada la novena del difunto, ese dolor se pierde y volvemos a nuestra rutinaria vida con los mismos temores y dudas, pero sin sobresaltos que nos descompensen ni nos dejen sobrevivir. Hemos nacido con el gen de la resiliencia, cosa buena si lo miramos bajo el punto de vista de la supervivencia, ya que nuestra aparente insensibilidad ante el desorden social en que a diario convivimos y el adormecimiento ante el dolor ajeno, nos hace aparecer como extraterrestres ante el mundo. Hemos aprendido a convivir con el dolor y la barbarie y aunque anhelamos vivir en paz, todas las noches nos acostamos con la tragedia y esperamos que el nuevo día nos traiga ese remanso de tranquilidad que

nunca llega. Creemos en un Dios y a diario le pedimos que la situación y las malas costumbres cambien, pero para colmo de males, desde la década de los ochenta aprendimos a vivir con el narco terrorismo y pusimos en práctica la idea repugnante de conseguir opulencias de la noche a la mañana, lo cual nos ha llevado a convivir con la violencia y la ilegalidad, como única alternativa para encontrar riquezas mal habidas y comprar conciencias dentro del andamiaje estatal y de justicia, creando impunidad y zozobra por doquier.

Nuestro estado de derecho supuestamente nos protege, nuestra Constitución es fuerte y rodeada de todas las garantías que se le puedan brindar al ser humano en estado de indefensión, es un copie y pegue de más derechos que deberes, tomado de diferentes países y culturas, pretendiendo que seamos iguales o semejantes a otros que han sobrevivido a guerras y hecatombes históricas y tienen bien documentada su historia vivida y a diario la recuerdan para no volver a repetirla. Nuestra situación es totalmente diferente, salimos de la casa o el trabajo, doblamos la esquina y de repente encontramos un representante de un grupo armado ilegal que nos ofrece protección a las buenas o a las malas para cuidarnos de los otros más o menos malos ya que el aparato estatal armado es inoperante muchas veces y para colmo de males, también se vuelven miedosos y por ende ineficientes, por todas las trabas que le impone nuestro descuadrado sistema judicial y los que supuestamente defienden los derechos fundamentales, agazapados en algunas organizaciones no gubernamentales de dudosa reputación y procedencia, que quieren sobresalir como los salvadores de la barbarie, cuando han participado directa o indirectamente en ella.

Le pagamos impuestos al estado por todo lo que producimos y por todos los insumos esenciales que consumimos para nuestra subsistencia, nos cobran los peajes más costosos de América Latina, para poder transitar por las ruinosas y peligrosas carreteras nacionales y para completar nuestra contribución obligatoria, sufragamos la cuota a la guerrilla, a los paramilitares, a las bandas criminales y al delincuente común que desafiantes y amenazantes nos ofrecen protección en nuestro barrio o zona de trabajo, muchas veces con la complacencia del grupo policial. Somos contribuyentes a las buenas o a las malas, pero a diferencia de otras naciones, no vemos que esos tributos redunden en nuestro beneficio personal o comunitario, mejoren nuestra calidad de vida y acceso a beneficios y seguridad.

Y cuando miramos la otra cara de la moneda, vemos que en el fondo seguimos siendo un conglomerado de seres cariñosos, afectuosos, apegados a nuestros ancestros y costumbres, razón por la cual no tenemos cultura propia y aunque conocemos nuestra historia en forma un poco distorsionada, la olvidamos en la mañana siguiente y por eso estamos condenados a repetirla a cada momento, cometiendo siempre los mismos errores. Vivimos a diario de ilusiones, sueños, paraísos inalcanzables y para colmar la copa del cinismo, se ha adquirido como hábito por parte de una generación impúdica creciente, la meta de conseguir dinero en forma expedita, fulminante y atropellada, no importando los medios y mucho menos el cumplimiento de preceptos morales y sociales de buenas prácticas, hábitos y costumbres. Años atrás practicábamos la enseñanza del abuelo que sabiamente nos decía: “Consiga la plata mijo, honradamente consiga la plata mijo”. Hoy ese ilustrado consejo ha cambiado su